

## RESEÑA

SERGE GRUZINSKI

*THE EAGLE AND THE DRAGON. GLOBALIZATION AND EUROPEAN DREAMS OF CONQUEST IN CHINA AND AMERICA IN THE SIXTEENTH CENTURY*

*Cambridge: Polity, 2014. 312 pp.*

---

En este libro, Serge Gruzinski aborda los significados y desarrollos ulteriores de un momento específico de la llamada mundialización. Este momento, en el que “muchas historias se entrelazan repentinamente” (3), es aquel que va de noviembre de 1519 a diciembre de 1520, cuando los españoles encuentran a Moctezuma en América y los portugueses a Zhengde en China (147).

Aunque China y México hayan seguido, ambas, trayectorias ajenas al monoteísmo judeocristiano y a la herencia de Grecia y Roma, nos recuerda el autor, difícilmente podrían ser más distintos. Y también lo son los puntos de partida y de llegada. Por un lado, si la China imperial data del tercer milenio antes de la era

cristiana, los “imperios” americanos apenas alcanzarían un siglo de existencia en el momento del contacto (9). Por el otro, mientras el mundo encontrado en México fue “rápidamente relegado al gran almacén de las civilizaciones muertas, convertida en una tierra de exotismo inofensivo, buena solo para provocar piedad o lamentaciones” (242); la contundente reacción de China frente a los europeos habría logrado definir nada menos que los contornos mismos del Occidente (244)<sup>1</sup>.

Así, pues (y a pesar de su simultanei-

---

<sup>1</sup> Esta separación de dos mundos no está, evidentemente, exenta de conexiones. En efecto, para fines del siglo XVI, la plata extraída de las minas de América fluía ya, directa o indirectamente, hacia China (239).

This work is licensed under the Creative Commons © Juan Javier Rivera Andía

Reseña - Gruzinski “The Eagle and the Dragon”

2018 | América Crítica. Vol. 2, n° 1, giugno 2018: 83-86

DOI: 10.13125/americacritica/3234



dad), estas dos expediciones tienen resultados tan contrastados como las tierras que hallan: si los “ibéricos” fracasan rotundamente en China —donde “los portugueses fueron paralizados, silenciados y destruidos” (105) —, tienen en cambio un éxito sin precedentes en América. En concordancia con este contraste, mientras de la expedición a China no llegan más que unos rumores rápidamente silenciados, el escenario mexicano será raudamente impregnado de trágicas glorias póstumas. Gruzinski destaca algunos textos fundamentales, como las cartas de Hernán Cortés — que marcarían el inicio de una literatura occidental nacida en el continente americano — y los trabajos de varios otros viajeros e intelectuales europeos (como Vieira, Calvo, Giovio, Cortés o Pires), a quienes considera los primeros europeos en pensar la política más allá del mundo cristiano musulmán (158)<sup>2</sup>.

Al mismo tiempo, recalca Gruzinski, a diferencia de la fracasada expedición oficial de Pires en China, la expedición de Cortés no constituyó en absoluto una prioridad para España. No sería posible,

2 El libro también menciona referencias algo menos atendidas, como la visita hecha por Albrecht Dürer de una exhibición en Bruselas sobre los tesoros enviados por Cortés (55); el pedido al Sultán, en 1580, de un cronista anónimo de la corte otomana, de expulsar a los cristianos de América y hacer prevalecer allí el Islam (243); el rediseño de Venecia siguiendo modelos mexicanos (55); o el origen persa del vocablo “India” (116).

pues, hablar de un proyecto imperial ni de una conquista planificada. Esta no sería más que una ilusión retrospectiva (68) alimentada por una leyenda negra que exagera la rapidez de la llamada “conquista” e ignora sus lentos inicios, sus fracasos y su naturaleza improvisada (104).

Esta memoria del éxito es la otra cara del olvido que parece sepultar el desastre de la expedición portuguesa, cuyos juicios negativos sobre China (como los de Vieira y Calvo) no tuvieron casi ningún impacto en el corto plazo (155). Pero el olvido es en realidad recíproco: si “Occidente solo recuerda los encuentros que tuvieron éxito” (105), es probable que China sufra de una “notable amnesia” (106).

En cuanto a América, podría quizá añadirse que el olvido es también una función del saqueo: nadie parece haber notado entonces que — mientras que la escritura y el arte chinos tenían delante de sí un futuro asegurado — los códices mexicanos, por ejemplo, eran en realidad las últimas manifestaciones de un arte y una tecnología en franca desaparición (52).

Ahora bien, cabría notarse, además, que las coordenadas explicativas de esta confrontación de civilizaciones parecen, en el presente libro, marcadas por las ausencias. Así, la habilidad de movilizarse con rapidez, el arte de recoger y circular

información, la facilidad para operar a escala continental e intercontinental, la capacidad de transportar recursos materiales, humanos y militares con poca anticipación e inesperadamente, y la propensión a pensar en una escala mundial (9) son considerados como cruciales por Gruzinski. Pero esta lista es, al mismo tiempo, una lista de ausencias: esto es, de aquello que México no tuvo (22). Seamos claros. No es que se trate de una lista errónea — pues seguramente es correcto afirmar que México no contaba con un “verdadero ejército permanente” (15) o que estaba políticamente fragmentada (103)—, sino más bien de una lista que tiende a definir a una de las partes en conflicto por medio de aquello de lo que carece (que es aquello que, implícitamente, Europa — o “los ibéricos” — posee).

Esto es quizá más evidente cuando el autor aborda una posible visión indígena de los europeos que los invadieron:

no trace survives of anything resembling a conscious and systematic effort [...] to acquire information about, or describe [Europe] [...] no Indian has left us with their personal vision of Spain or of the Old World, and whatever view they formed have remained without any written posterity” (176).

Cabría preguntarse si son lo “escrito”, lo “sistemático” o lo “consciente” las herramientas conceptuales más apropiadas para describir los aspectos propios de una visión amerindia. ¿No están estos

términos inclinándonos ya a afirmar, como el autor, que “no contamos con una perspectiva asiática ni Amerindia de la ciudad europea” (147)<sup>3</sup>?

El reverso de esta situación aparece cuando se intenta definir el mundo precolombino mesoamericano acudiendo no a aquello de lo que carecen, sino, digamos, de una manera positiva. En estos casos, las características de este mundo amerindio son tratadas aludiendo sea a su irreductibilidad —“a time [...] irreducible to ours” (17)—, sea a su inaccesibilidad —“indigenous and mestizo accounts [...] inevitably distorted by the trauma of conquest” (9) o “the thinking of ancient Mexicas remains forever inaccessible” (19) —.

Este énfasis en la inconmensurabilidad amerindia no hace, sin embargo, que el autor acuda a un concepto tan caduco como el de “resistencia”. Así, pues, Gruzinski reconoce que, por un lado, no es posible hablar de una simple imposición y que los así llamados conquistadores debieron adaptarse, hacer compromisos y ajustes de manera constante (193); y que, por el otro, los indios no solo resistieron, sino que reinterpretaron, enmendaron y transformaron mucho de lo recibido (194).

De hecho, hay un llamado claramente renovador en este libro. Aunque no libre

<sup>3</sup> En concordancia y como era de esperarse, el libro contiene, en muchas de sus partes, más datos sobre la perspectiva china que sobre la mexicana.

de perspectivas (lamentablemente) algo en desuso entre los estudiosos de los pueblos amerindios — como cuando habla de “memories which reproduced the past by emphasizing cycles and repetitions, though also including some doses of linearity” (13)—, este es seguramente el aspecto más interesante de este valioso libro, junto con sus sugerentes especulaciones y generalidades. ¿Por qué, pues, al fin y al cabo, comparar la costa mexicana y el mar chino? La respuesta del autor es clara. Para mitigar “nuestro” inevitable eurocentrismo y hacer que surjan nuevas preguntas, para reconectar los lazos rotos por historiografías nacionales y someter aquellos elementos nuevamente conectados a una lectura global en la que inte-

ractúen entre sí y ya no solo con Europa. Gruzinski agrega que sólo podremos aspirar a una historia que tenga sentido en nuestra propia época, cambiando el centro de la atención y no solo invirtiendo los puntos de vista, como sucede con aquellas aproximaciones que hablan de una “visión de los vencidos” (59). Es necesario, pues, abandonar “los viejos marcos de una historia nacional, colonial e imperial, que son un obstáculo para una aproximación global” (239). Finalmente, siempre expresadas con un estilo poético, las ideas vertidas por el autor en este libro difícilmente podrían no seducir a todos los interesados en la historia y las evoluciones contemporáneas de los dos mundos aquí comparados.

Juan Javier Rivera Andía

AHCISP, Barcelona

[jjriveraandia@gmail.com](mailto:jjriveraandia@gmail.com)